

LOS CAMINOS DEL MUNDO

Entrevista de Mike Newman y Marko Bojcun

¿Podrías hablarnos de los primeros años de tu vida y de tu educación?

Nací en Glasgow en 1946. Después, con mi madre y con mi hermana, nos trasladamos a Belfast, donde vivimos hasta que tuve ocho años. (Nuestro padre era un canadiense-escocés que había pasado su permiso militar durante la guerra con nuestra madre, pero que volvió a Canadá con su esposa y su familia en Canadá al final de la misma.) Cuando tenía nueve años ingresé en la escuela preparatoria en Inglaterra y después en Haileybury y el Imperial Service College, que era el colegio de la vieja Compañía de las Indias Orientales instituido para formar a los administradores que dirigirían la India; era también un vivero de benthamismo. Tenía lo que podríamos llamar una tradición imperialista de corte laborista: Attlee había estado allí y de allí había salido un buen número de ministros laboristas. Estamos en la década de los cincuenta, cuando Gran Bretaña no sólo continuaba teniendo un imperio, sino que todavía se consideraba el centro del mundo. Nosotros teníamos, pues, mucha mayor conciencia de lo que estaba pasando en el mundo que buena parte de los estudiantes de hoy, y también un sentido mucho mayor de que lo que Gran Bretaña decidía, importaba. La escuela combinaba una fuerte vinculación con el imperio –las paredes de la capilla estaban cubiertas con placas conmemorativas de antiguos alumnos que habían muerto en el paso de Khyber– con una tradición de preocupación social por los pobres. Pienso en ella como una especie de milnerismo, por Lord Milner¹, aunque el *ethos* se remonta

¹ Alfred Milner, primer vizconde Milner (1854-1925), estadista británico y administrador colonial que desempeñó un influyente papel en la formulación de la política interior y exterior entre mediados de la década de 1890 y principios de la de 1920. Fue también la figura clave del Imperio británico en los acontecimientos que condujeron a la Guerra de los boers de 1898-1902 y un protagonista de primer rango en África austral como Alto Comisionado para África del Sur (1897-1905). Milner es también conocido por su labor de promoción de los miembros jóvenes del Servicio Civil sudafricano, llamado informalmente el *Milner's Kindergarten*, algunos de los cuales se convirtieron en importantes figuras de la administración del Imperio británico. En el último periodo de su vida, fue el máximo responsable, entre diciembre de 1916 y noviembre de 1918, bajo la dirección del primer ministro David Lloyd George, de las decisiones políticas del periodo que concluyó con el fin de la Primera Guerra Mundial [http://en.wikipedia.org/wiki/Alfred_Milner,_1st_Viscount_Milner]. [N. del T.]

más atrás: la idea de que el Estado debe ser dirigido por una elite dedicada, combinada con la idea del imperio como palanca de progreso global.

¿Compartías esta perspectiva general?

Absolutamente. Yo era el editor de la revista del colegio y mis editoriales rebosaban de tales sentimientos. Era un ferviente partidario del Laborismo, que abogaba abiertamente por la nacionalización. Mi hermana mayor, a quien yo admiraba muchísimo, era cristiana socialista y yo me tomé muy en serio sus ideas. Desarrollé, además, una fuerte orientación hacia el Tercer Mundo. Durante esos años en el colegio había seguido el fin de los imperios muy atentamente, sin olvidar en absoluto África. La gran experiencia para mí, sin embargo, la tuve durante el año «sabático» entre el colegio y la universidad. Hice autostop por Europa y el norte de África y me encontré con un joven sueco en la frontera de Túnez y Argelia. Viajamos juntos por Argelia y Marruecos hasta llegar a España. Dick era el primer comunista que había encontrado en mi vida. Tenía sólo 18 años, era mecánico en una fábrica de Gotenburgo y miembro de la Liga de los Jóvenes Comunistas, y poseía una excelente educación política. Tuvimos largas discusiones sobre el papel británico en el Congo. Yo insistía en que la política británica era apoyar a Naciones Unidas para que pusiera fin a la secesión de Katanga, que los belgas estaban apoyando. Dick me dijo que estaba diciendo tonterías: los británicos estaban a punto de sabotear la independencia congoleña y colaboraban de un modo activo apoyando militarmente a los belgas; habían enviado sus tropas desde el norte de Rodesia a Katanga. Todo el asunto de Naciones Unidas era únicamente una treta. Rechacé sus argumentos. Había estado leyendo *The Times* con devoción religiosa y estaba seguro de mis argumentos. Pero cuando volví a Inglaterra y leí los análisis de Thomas Hodgkin y Conor Cruise O'Brien, me di cuenta de que Dick tenía toda la razón y de que yo estaba equivocado, lo cual tuvo un gran impacto sobre mí: no por los detalles relativos al Congo, sino porque me di cuenta de que *The Times* había estado mintiendo de modo sistemático sobre lo que los británicos estaban haciendo allí. Comencé a pensar que el mundo era mucho más complicado de lo que yo lo había imaginado.

En 1964 te matriculas en la Universidad de Southampton en Historia moderna, Ciencias políticas y Económicas. ¿Cómo evolucionaron estas ideas mientras estuviste allí?

En Southampton me especialicé en historia económica irlandesa, 1780-1820, que enseñaba Miriam Daly. Existía muy poca bibliografía secundaria, así que trabajábamos con fuentes primarias. Miriam nos invitaba a pensar en diferentes métodos de interpretación, comparando los planteamientos de los economistas clásicos sobre el problema campesino con los de los marxistas. Comencé a comprobar que el marxismo podía proporcionar poderosas herramientas analíticas para este tipo de trabajo. Leía sobre África

de modo no muy sistemático: el movimiento Mau-Mau y el nkrumahismo en Ghana. Desde 1965 seguimos lo que estaba pasando en Vietnam. Los objetores de conciencia estadounidenses comenzaron a aparecer por Gran Bretaña y ejercieron una importante influencia sobre nosotros, como lo hizo el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos. Un estudiante malasio, muy antiimperialista, me invitó a leer la *New Left Review*, lo cual fue realmente apasionante. Estaba muy interesado también en la Revolución cubana. Finalmente, seguí un curso sobre historia europea a partir de 1870 en el que leí los trabajos de Deutscher sobre la Revolución rusa, lo que supuso una enorme experiencia emocional e intelectual para mí.

Todos estos intereses se iban desarrollando en paralelo a una aproximación convencional, socialdemócrata de izquierda al gobierno de Wilson. Perteneía al Club Laborista de la Universidad y asistía a los congresos nacionales de estudiantes laboristas; allí fue donde encontré a la extrema izquierda británica: el Partido Comunista, los miembros de International Socialism y determinada gente de la IV Internacional organizada en torno a una publicación llamada *The Week*, que más tarde daría lugar al International Marxist Group. No me uní al IGM en ese momento, pero me gustó porque, en primer lugar, eran firmes partidarios de trabajar en el Partido Laborista y yo mantenía la opinión de que no cabía discusión ni fantasía alguna sobre el hecho de que la clase obrera británica fuese otra cosa de lo que era: el movimiento obrero en Gran Bretaña era el Partido Laborista y los sindicatos, y había que estar ahí; se trataba de una especie de obligación. En segundo lugar, estaban muy involucrados en el movimiento antiimperialista y, por supuesto, con Vietnam. La tercera cosa que me atrajo fue la bilateralidad de su visión de la Unión Soviética: que, por debajo de un desolador y tremendamente distorsionado sistema político, existía un impulso emancipador enterrado en alguna parte; no se trataba de un Estado capitalista. Yo había estado en la Unión Soviética durante un viaje estudiantil, y en la Universidad Estatal de Moscú la atmósfera entre los estudiantes era todavía relativamente abierta. Me hablaban con absoluta libertad de los comienzos de la represión durante el mandato de Brezhnev en 1966 y del malestar que les produjeron los juicios a los escritores Sinyavsky y Daniel. Sentí entonces que existía la posibilidad de movimiento y reforma ahí. Y, además, sentía *mucha* simpatía por el Partido Comunista, pero ninguna por International Socialism, principalmente porque había asistido a una intervención de Chris Harman sobre la Revolución cubana. Me quedé estupefacto por la animosidad de su discurso y su hostilidad hacia Castro. Había un elemento muy restrictivo y jesuítico en su planteamiento, completamente desligado de la realidad del tremendo movimiento de liberación existente en Cuba.

En 1967 te incorporas al Centre for Russian and East European Studies en Birmingham para hacer una tesis doctoral sobre la Unión Soviética.

Sí, estaba estudiando el periodo de la guerra civil en la provincia de Tambov, la única provincia con excedente de granos que permaneció con los

soviéticos a lo largo de todo el conflicto. Después, nada más terminar la guerra civil, se produjo allí, más o menos al mismo tiempo que la rebelión de Kronstadt, un potentísimo levantamiento dirigido por gente de los social-revolucionarios, que se conoció como la *tambovshchina*, un tipo de revuelta anarquista contra los soviéticos dirigida por campesinos, maestros de escuela, etc. Nadie había escrito sobre esto, así que mi tarea consistía en sumergirme en materiales primarios; en parte constituía una extensión de mi trabajo sobre los campesinos en Irlanda. Tenía una gran admiración por el personal del Centro, que era un lugar maravilloso. Pero yo estaba cada vez más involucrado en el trabajo político. Me adherí al IMG a finales de la primavera de 1968 en Birmingham. El primer encuentro que organizamos fue sobre Malcolm X: trajimos al marxista caribeño C. L. R. James para que diera una charla sobre él. Estábamos profundamente implicados en la Campaña de Solidaridad con Vietnam. En 1969 me mudé a Londres para trabajar en la revista *The Black Dwarf* que estaba editando Tariq Ali, y desempeñé un papel más importante en la dirección del IMG, abandonando finalmente mi tesis doctoral.

¿Cómo afectaron la Primavera de Praga y la invasión de Checoslovaquia de 1968 en tu posición respecto a la Unión Soviética?

Comencé por intentar comprender por qué se habían producido. Por supuesto, existía una explicación fácil dentro del movimiento trotskista, que decía que en estas sociedades había un grupo de burócratas en el poder que se había distanciado de las masas populares y que estaba utilizando la represión política para fomentar sus privilegios y su poder, lo que provocaba cosas como la represión de la Primavera de Praga. Estos argumentos, sin embargo, no me convencían del todo, simplemente porque no explicaban la propia Primavera de Praga, que en mi opinión se había producido tanto desde arriba como desde abajo. Verosímelmente, existían enfrentamientos en la cúspide que habían generado una dinámica que abogaba por la supresión de la censura. Ciertamente, nos habíamos sentido muy estimulados por los cambios que estaban teniendo lugar en Checoslovaquia en la primavera de 1968 y ese agosto organizamos protestas contra la invasión frente a la embajada soviética en Londres. Pero, lo cual no deja de ser divertido, la invasión no nos desmoralizó porque pensamos que la situación podía revertirse con facilidad; no comprendimos las dinámicas de Checoslovaquia. Nos sentimos impactados de veras cuando el liderazgo de Dubček no logró movilizar a la población y fue a la postre derrotado y apeado del poder en la primavera de 1969.

¿Cuál fue tu experiencia en la IV Internacional en esos momentos?

Asistí al IX Congreso de la IV Internacional en Rímimi en 1969. Había gente de todo el mundo: América Latina, Extremo Oriente, Europa. De los líderes de la Internacional en ese momento, el que más me influyó fue Pie-

re Frank. Había militado en el Partido Comunista Francés durante el periodo de entreguerras e internacionalmente había estado ligado a la Oposición de Izquierda durante toda la guerra. Su planteamiento siempre era: el análisis concreto de la situación concreta; nada había tan claro en política como una imagen poderosa. Ernest Mandel era una figura muy atractiva y yo me sentí muy influido por su libro sobre teoría económica marxista. Pero no creo que fuese muy fiable en cuanto a sus análisis *políticos*; había un montón de romanticismo en su oratoria.

En la década de los setenta me involucré en el «trabajo de seguridad» de la IV Internacional, que implicaba ayudar a gente de América Latina o de otras partes que necesitaban papeles falsos, y también estaba muy activo en Europa del Este y, por lo tanto, viajaba un montón: iba a París casi una vez al mes por cuestiones de seguridad y organizaba entregas de materiales prohibidos a Checoslovaquia. Nuestros contactos iniciales se efectuaban a través de la oposición exiliada que había apoyado a Dubček, que dirigía Jiří Pelikan y que estaba en estrecho contacto con la oposición de izquierda de Praga: Josef Smrkovský, Zdeněk Mlynář, el propio Dubček y otros. Me ocupé de este trabajo durante los años setenta y en él encontré a gente muy interesante. Conducíamos furgonetas a lo largo de la frontera, recogiendo libros y documentos que ocultábamos en falsos compartimentos para sacarlos del país. La entrega del material ponía nuestros nervios a prueba, al igual que el cruce de la frontera. En cada viaje traíamos entre cincuenta y cien libros de un tipo u otro, un montón de ellos netamente anticomunistas. Las cosas se pusieron cada vez más difíciles y, al final, nuestro equipo fue detenido en la frontera. Otros siguieron y fueron arrestados permaneciendo detenidos un par de meses antes de ser liberados.

Para mí, la perspectiva política era básicamente la de Deutscher: construir un movimiento para la reforma y la renovación en el Este. Pensaba que la izquierda occidental tenía un importante papel que desempeñar al respecto. Mi experiencia en Europa central y oriental era que se trataba de Estados autoritarios, de eso no cabía duda; pero no eran regímenes totalitarios gansteriles, que aterrorizaran a la población. Creía también que existían elementos reformistas en los partidos gobernantes, incluida la Unión Soviética. Fui ingenuo en esta cuestión, por supuesto, pero lo fui sobre todo por el momento, ya que no percibí lo profundamente desmoralizadora que la experiencia del aplastamiento de la Primavera de Praga había sido para estas fuerzas reformistas. Los propios grupos que apoyaban la reforma existentes en los años sesenta se redujeron drásticamente después de la misma.

¿Con qué países estabas más implicado?

Hungría, Polonia y Checoslovaquia eran los principales lugares que yo visitaba, pero sentía un vivo interés por los que estaba sucediendo en el interior de la Unión Soviética. Hayla y yo hicimos un largo viaje allí en 1975,

que fue en realidad una especie de luna de miel; viajamos por toda Ucrania, lo cual fue realmente útil para hacernos una idea de lo que estaba sucediendo sobre el terreno. A finales de los años setenta estuve muy involucrado en Polonia a través de dos grupos extremadamente interesantes. Uno era una red de psicólogos que trabajaban en las grandes fábricas y empresas de todo el país. Se había establecido con el respaldo de la dirección del Partido tras los levantamientos de 1970-1971 para humanizar los lugares de trabajo, abordar los problemas laborales de los trabajadores, etc. Estuve particularmente en contacto con un psicólogo que trabajaba en los astilleros de Szczecin. A través de él logré observar la vida de los trabajadores de los astilleros y en 1980, cuando comenzaron las huelgas y se empezó a organizar *Solidarność*, estuve allí prácticamente desde el principio y tuve un acceso fantástico a lo que estaba sucediendo. La segunda red era un grupo semiclandestino de la Universidad de Varsovia, conocido como Sigma Club, que estaba formado fundamentalmente por marxistas –tanto profesores como estudiantes– y que discutía lo que ellos percibían que era la crisis de la República Popular de Polonia. A través del mismo tuve acceso a informes muy detallados, elaborados por sociólogos, sobre los levantamientos de 1976 en diversos astilleros, pero también en Radom y en la gran fábrica de tractores de Ursus. Ayudé también a Edmund Baluka, el líder exiliado de la huelga en los astilleros de Szczecin en 1970-1971, a reestablecer contacto con los miembros de su comité de huelga.

Éste fue mi primer contacto real con la vida de los trabajadores industriales en Polonia, y lo que me sorprendió en Szczecin fue la alta calidad de vida de los trabajadores de los astilleros. Yo residía en un bloque de apartamentos totalmente dedicado a su alojamiento, y ellos vivían realmente bien de acuerdo con los estándares occidentales. Había una excelente guardería, una policlínica, un supermercado: era un entorno agradable. Esto confirmó mis prejuicios, porque fundamentalmente creía que estos Estados del Este estaban dominados por un determinado tipo de aristocracia obrera; eran una especie peculiar de Estado obrero en el que la clase trabajadora –muy a menudo formada por trabajadores de primera generación cuyos padres habían sido campesinos– estaba llegando a las grandes fábricas y ascendiendo a puestos de poder en el Estado. Estos trabajadores eran con frecuencia muy autoritarios, recordaban al tipo de jefes sindicales que pueden encontrarse en Occidente, y en absoluto puede decirse que fueran individualistas liberales. Pero para que el sistema funcionase eficazmente, tenían que conservar el apoyo de la clase obrera industrial.

A finales de la década de los setenta se produjo una crisis en este sistema social, una crisis muy concreta. Se había producido una apertura significativa hacia Occidente en el campo económico, una creciente mercantilización y una diferenciación social. La representación típica que se hacía Occidente sobre la política en estos países era la de un monolito comunista en el que no sucedía nada y que además contaba con diversos disidentes.

Ésa no era la situación en absoluto. Los grandes movimientos huelguísticos de los años ochenta fueron el resultado, entre otras cosas, de una enorme turbulencia en el seno del Partido, en cuyo Congreso celebrado a comienzos de la década de los ochenta se produjo una gran revuelta desde abajo: la gente que al principio aparecía claramente señalada para ocupar altos cargos en la dirección, al final del mismo había sido descabalgada. Y esta revuelta provenía de la clase obrera industrial, de los bastiones rojos de Gierek: las minas de la Baja Silesia, los astilleros.

Yo era muy consciente de esta crisis estructural del Estado polaco. Hasta el 13 de diciembre de 1981, cuando Jaruzelsky dio el golpe de Estado, creía, y no he cambiado de opinión al respecto, que podría haberse llegado a un pacto entre Solidarność y la dirección del Partido Comunista, dado que existía una fuerte corriente en el mismo que sostenía que bajo *ningún* concepto debía producirse una confrontación coercitiva entre el Partido y los trabajadores; el aparato militar era otra cosa. En segundo lugar, existía otra corriente, especialmente visible en la base, que quería convertir el Partido Unido de los Trabajadores Polacos en un partido socialdemócrata, que dejara de ser un partido de vanguardia y se convirtiese en un partido democrático en el que hubiera diferentes tendencias. Se trataba de una corriente que era más o menos ignorada en Occidente, pero no es imposible que pudiera haber funcionado: tenía representación en la cúpula del Partido y buenas relaciones con Solidarność.

Después del 13 de diciembre de 1981, contemplé por primera vez la posibilidad del colapso del bloque soviético. Tras el golpe, Tamara Deutscher organizó una cena con Maria Nowicki, entonces bibliotecaria jefe de la London School of Economics. Maria había sido secretaria de Gomulka en el gobierno de Lublin a principios de los años cuarenta y comunista polaca hasta la década de los sesenta. Estaba próxima al filósofo Adam Schaff y era una pensadora extremadamente sofisticada. Se mostró de acuerdo conmigo en que se trataba de una crisis *interna* del Partido Comunista, que no tenía que entenderse como la obra de una pequeña banda de disidentes del exterior; tampoco debíamos pensar que la sociedad polaca aullaba bajo el yugo totalitario mostrándose dispuesta a quitárselo de encima a la primera ocasión: en realidad, la sociedad y la política tenían un alto grado de articulación y complejidad. Pero ella dudaba de que existieran las energías para el desarrollo de un proyecto socialista en Polonia. Pensaba que el golpe de Jaruzelsky era el fin del asunto; por el contrario, encontraríamos desmoralización, decaimiento y la emergencia de todo tipo de corrientes católicas. Por entonces no tenía respuesta a esto; pensaba con frecuencia en lo que ella decía, y sentía que tenía razón. El concepto de desmoralización me pareció especialmente importante. Durante los años ochenta, la sociedad y la *intelligentsia* polacas estaban sin duda en declive. La idea de que 1989 fue algo así como una primavera de los pueblos fue un simulacro del estado de ánimo real existente en Polonia: era exactamente lo opuesto, como puede deducirse de la irrisoria participación en las primeras elecciones libres celebradas en 1989. Era una socie-

dad profundamente desmoralizada, llena de contradicciones ideológicas y políticas, lo que se puso de manifiesto con claridad después de 1989.

¿Podríamos remontarnos en el tiempo y hablar de la revista Labour Focus on Eastern Europe, que iniciaste en 1977?

La idea de *Labour Focus* era obvia: se trataba de propiciar una apertura democrática no a partir de una restauración capitalista, sino de una economía paulatinamente nacionalizada, aunque, por supuesto, sin que ello excluyera reformas económicas. Presionaríamos por el cambio democrático, la libertad de expresión, esto es, a favor de todas las demandas políticas liberales, pero desde una perspectiva claramente izquierdista; e intentaríamos involucrarnos con los comunistas en el Este a partir de este tipo de planteamiento. Publicamos también todo el material de disidentes izquierdistas que pudimos –sin olvidar en absoluto a la Unión Soviética–, así como información sobre movimientos desde abajo.

Contamos con todo tipo de figuras intrigantes que se acercaban y nos ofrecían sustanciales beneficios pecuniarios con la condición de que viéramos la luz e introduyésemos pequeñas adaptaciones a lo que estábamos haciendo. Recuerdo en particular a un tío llamado Roy Godson –no estoy seguro de para qué agencia estaba trabajando, la CIA o alguna otra–, con el que tuve una cita rodeada de misterio en la estación de Stratford, en Londres este. Me ofreció una suma de cinco dígitos y una gira de conferencias por Estados Unidos: ¡todo lo que tenía que hacer era librarme de los comunistas de verdad presentes en el comité editorial de *Labour Focus*!

¿Cómo contemplaste la llegada de Gorbachov al poder y el periodo posterior a 1985?

Zdeněk Mlynář me había dicho que, si Gorbachov llegaba al poder, se producirían cambios masivos que propiciarían la liberalización y la democratización en la Unión Soviética. Era un viejo amigo de Gorbachov, ya que ambos habían sido compañeros en la Universidad Estatal de Moscú a principios de la década de los cincuenta. El discurso de Gorbachov en el Congreso del Partido en 1986 confirmó en gran medida el análisis de Mlynář, pero también dejó patente que, aunque el proyecto del primero confirmaba la idea de Deutscher de que podría producirse un fuerte impulso en pro de la democracia, Gorbachov no podría dar el salto final hacia una legitimación fundamentada en una victoria electoral democrática. Y ello constituía una debilidad primordial. En un principio, realmente creí que Yeltsin podía ser una apuesta mejor, porque él *estaba* dispuesto a asumir este camino. Desafortunadamente, Yeltsin se interesó por un proyecto diferente y resultó ser un demagogo absolutamente desastroso.

¿Qué pensabas que era preciso hacer que no estuviera haciendo Gorbachov?

Debía crearse un *Rechtstaat*, un Estado gobernado por la ley; un sistema político democrático en el que rigiera, como principio, el pluralismo; obviamente, sería un sistema federal en el contexto soviético. Después se planteaba la cuestión de la reforma económica, y a este respecto Gorbachov hizo las cosas francamente mal. Pero en esencia el problema era que, durante el periodo de Breznev, la *nomenklatura* y los *party aktiv*, para decirlo con su jerga –los máximos funcionarios del comunismo–, habían adquirido un estilo de vida cada vez más corrupto y confortable. No es que fueran inmensamente ricos, sino corrupta y aseguradamente pudientes. Gorbachov era un incordio, ya que ponía en tela de juicio todo el tinglado, a lo que ellos respondieron llevando las cosas al extremo: proteger sus nuevos derechos de propiedad y apoderarse de más, convirtiéndose en una clase capitalista privada. Esta tendencia era muy potente. Por decirlo de otro modo, la desmoralización de la *nomenklatura* soviética era muy intensa, yo diría, después de 1968. Por otro lado, la idea de que esta transición al capitalismo era algo impulsado y demandado por el pueblo soviético es pura basura. Se le impuso como un acontecimiento absolutamente externo de proporciones abrumadoras; fue un enorme trauma para muchos y realmente la población no pudo comprenderla. Lo que nos encontramos durante los noventa, una vez caída la Unión Soviética, son sociedades desmoralizadas en las que la gran esperanza era la siguiente botella de alcohol. Eso es lo que estaba pasando allí, no un gran movimiento de liberación.

¿Cómo describirías el efecto del colapso en tu pensamiento político?

Bien, tuvo, por supuesto, un tremendo impacto ideológico. Según mi concepción del mundo, estábamos en un periodo histórico de transición del capitalismo hacia el socialismo. Y el bloque soviético era, de facto, un avance en esa dirección. Nunca fui ingenuo respecto al liderazgo soviético, pero en comparación con el tipo de imperialismo racista que habíamos visto en la primera mitad del siglo xx en Europa –y en Estados Unidos si consideramos la Guerra del Pacífico, por no hablar del tratamiento de la población negra–, suponía una mejora. Yo contemplaba el bloque soviético, y la victoria soviética en la Segunda Guerra Mundial, no sólo como un factor que aceleró el colapso de los imperios, sino que también contribuyó a traer el Estado del bienestar a Europa occidental. Así pues, todo aquello fue un duro golpe para mí. Pero junto a ello, no modifiqué otras dos opiniones: la primera, que con el colapso de la Unión Soviética veríamos de nuevo a los Estados capitalistas occidentales comportarse de modo violento y destructivo, así que estaba mucho más preparado que otros para enfrentarme con lo que sucedió después. En segundo lugar, yo todavía creía en el planteamiento de Marx sobre la historia y la política, es decir, que el gran esfuerzo es moverse hacia la libertad. Esto significa algo muy obvio y mundano para Marx: significa tiempo li-

bre, significa liberar a la humanidad del reino de la necesidad, y para ello es preciso ir más allá del capitalismo. El capitalismo, por supuesto, ha liberado enormemente a la humanidad: la semana de cuarenta horas, las pensiones, representaron grandes ganancias. Sin embargo, el capitalismo encierra un impulso irreductible que bloquea el progreso más allá de estas líneas, porque se trata absolutamente de crear inseguridades y escaseces y de encontrar modos de explotar el máximo de trabajo para obtener el máximo beneficio.

Pasando a la década de los años noventa, ¿cómo contemplaste el proceso de integración europea? ¿Cambiaron tus opiniones al respecto con el paso del tiempo?

Hasta principios de la década de los noventa, no tenía una opinión formada sobre la Unión Europea. Me gustaban las polémicas de Tom Nairn contra las actitudes nacionalistas británicas hacia la Comunidad Económica Europea; no era, en principio, hostil a la idea de unión monetaria: ¿por qué debería serlo? Pero, por otro lado, estaba completamente horrorizado por algunos aspectos del mercado único y me mostraba crítico con el régimen legal de la UE. Me formé realmente una idea de la Unión Europea a raíz de mi investigación sobre lo que hizo en Europa central y oriental en la década de los noventa: esto es, mediante el estudio del denominado programa de asistencia técnica de la UE. Me sentí abrumado, realmente, cuando me sumergí en el meollo de lo que estaba sucediendo. Siempre me ha gustado sumergirme en el detalle empírico de cualquier asunto que estoy intentando comprender; entre muchos marxistas existe la desafortunada tendencia a pensar que no hay necesidad de efectuar una investigación empírica, opinión totalmente contradicha por el gargantuesco apetito del propio Marx por la misma, que él consideraba absolutamente vital para la teoría. Pero cuando entras en el detalle, te das cuenta de que el modo en que funcionan realmente las cosas es con frecuencia mucho peor de lo que cabría imaginar. El hecho era que los europeo-occidentales adoptaron una política *despiadada* para convertir a Europa centro-oriental en un pasivo territorio circundante de apoyo para las multinacionales de Europa occidental.

¿Sería correcto afirmar que, antes de que llegaras a esa conclusión, realmente veías algún potencial en la Unión Europea –dirigida quizá por Francia y Alemania– para defender o promover un modelo social europeo contra las tendencias anglosajonas presentes en Estados Unidos y Gran Bretaña?

Sí, en cierta medida. Pero la principal idea era ligeramente diferente: esto es, que las elites estadounidenses estaban muy preocupadas ante esa posibilidad. La preocupación de Estados Unidos por las potencialidades del acuerdo franco-alemán, más que por su realidad, estaban suscitando ten-

siones en las relaciones transatlánticas. Estados Unidos estaba preocupado ante el peligro de perder el control de la alta política —es decir, la política de seguridad— en beneficio del esfuerzo alemán o franco-alemán para dotar a Europa de un mayor peso en estos problemas en el seno de la alianza. Este hecho desempeñó un papel crucial en la política estadounidense respecto a Yugoslavia.

¿Cómo ves la Unión Europea hoy?

El punto primordial es la noción hayekiana de la Unión Europea como integración negativa: su función es *detener* a los Estados para que no ejerzan su soberanía económica decidiendo libremente cómo quieren organizar su capitalismo. No se trata de una Unión para construir una Europa positiva, integrada, federal. La UE hayekiana preserva los Estados-nación, manteniendo estos capitalismos nacionales al tiempo que les priva de su soberanía económica. Por supuesto, con la crisis económica el énfasis en la libre competencia, las privatizaciones, los controles estrictos sobre la ayuda pública, etc. resulta ser poco más que un castillo de naipes, que se sostenía completamente sobre la noción de que el régimen financiero anglo-estadounidense funcionaría. Cuando deja de hacerlo, se inyecta masivamente ayuda pública y la política de la competencia se tira por la ventana. Los acuerdos de la unión monetaria son totalmente inadecuados para enfrentarse a esta crisis. Resulta que los bancos realmente presuponen organismos dotados de autoridad para recaudar impuestos que les protejan, y que tal organismo no existe a escala de la UE; así que vuelven la vista al ámbito nacional. Y, por supuesto, la crisis estalla en el eslabón más débil: el modo en que las dos mitades de Europa se reunieron tras la Guerra Fría, utilizando Europa centro-oriental como un accesible sistema de apoyo para el capitalismo europeo-occidental.

¿En algún sentido, podría la Unión Europea ser un actor semiindependiente, un contrapeso a Estados Unidos, o esa posibilidad es un fantasma del pasado?

La tendencia probablemente se encamina hacia una mayor disponibilidad de los Estados europeo-occidentales a trabajar muy estrechamente con los estadounidenses y a no comprometerse en ninguna actividad «irresponsable» respecto a China, por ejemplo, o Irán. No creo que lleguemos a ver a la UE con un papel más autónomo. Existe otro problema: aunque Estados Unidos insistió durante la Guerra Fría en controlar la geopolítica de Europa muy estrechamente, al mismo tiempo concedió a los Estados europeos un papel significativo en la gestión de la economía política internacional, esto es, en el FMI, el Banco Mundial y la OMC. Ahora, con el surgimiento de Asia oriental, India y China, tiene que producirse una reforma que implicará un sustantivo recorte de la influencia y de los derechos de voto de Europa occidental. Lo mismo es aplicable al Consejo de

Seguridad de Naciones Unidas. ¿Cuál será la reacción de los europeos? En lo que respecta a los británicos, su única solución es pedir: ¿cómo podemos continuar siendo útiles para el Tío Sam?

¿Cómo resumirías la posición de Estados Unidos hoy?

La gran cuestión es si Estados Unidos, en la práctica, conserva su hegemonía en la economía política internacional. ¿Pueden las medidas tomadas por la Administración Obama revertir la situación económica en Estados Unidos y hacer salir al mundo de la crisis económica o no? La respuesta a esta pregunta será de vital importancia durante los próximos veinte años. Tengo la sensación de que las medidas no funcionarán, porque los obstáculos políticos existentes en el interior de Estados Unidos son demasiado grandes, sin olvidar los límites que Obama y Geithner se han impuesto a sí mismos. Y si Washington *no puede* invertir el curso de las cosas, el resto del mundo deberá encontrar sus propios modos de organización, que pueden implicar el desmantelamiento de cosas que son muy importantes para Estados Unidos y algunas también para Europa. Y entonces nos encontraremos con una crisis estratégica real de Washington. ¿Qué hacer en esas circunstancias? Se trata, no obstante, de una cuestión práctica para el futuro; si Estados Unidos pierde o no su hegemonía, no se determinará por la actividad intelectual que despleguemos; se decidirá en el mundo real. La cuestión clave es: ¿tiene la elite que dirige la estrategia estadounidense la capacidad, los recursos y la imaginación para adaptarse? Mi impresión es que, en el frente de la economía política, probablemente no. En cuanto a las cuestiones de política exterior, ha habido un sustancial grado de redefinición después de Bush. Existía un consenso general entre la elite sobre la necesidad de dar este giro, y la Administración Obama representa tal opción. Pero sobre cuestiones neurálgicas claves, por ejemplo, si Estados Unidos tiene el derecho a optar por lo que ellos denominan guerras preventivas, o a involucrarse en capturas extraordinarias de prisioneros para proceder a su tortura, Obama ha tenido mucho cuidado de mantenerse dentro del consenso.

¿Dirías retrospectivamente que existe un conjunto constante de temas que caracterizan tu trabajo?

Lo que es probablemente específico de mi trabajo es su dimensión polivalente: interdisciplinariedad si lo prefieres. Siempre he estado interesado en pensar transversalmente la política y la economía, así como en pensar en términos históricos. Hayek decía que alguien que es únicamente economista no es economista, y yo diría lo mismo sobre la política. Estas categorías, economía y política, que el pensamiento convencional trata como totalmente autónomas, presentan un muy complejo grado de imbricación. La segunda cosa es que, en general, no tengo el coraje de escribir en el ámbito de la teoría general; por el contrario, escribo de un modo analítico. El trabajo

analítico tiene sus parámetros: se halla confinado a tiempos y espacios particulares y no enuncia la verdad a través de las todas las épocas; y gran parte de mi trabajo es también contemporáneo. Cuando escribo, intento mirar hacia abajo, por decirlo así, hacia lo empírico, y hacia arriba, hacia lo teórico. Pero también creo que, cuando te involucras en este tipo de trabajo, descubres que las especificidades de las relaciones y de las dinámicas son mucho más peculiares y específicas de lo que jamás habrías imaginado. Último punto: me considero situado en el extremo opuesto de, digamos, G. A. Cohen en su *Marx's Theory of History* en tanto que yo no creo que el determinismo económico y tecnológico pueda explicarlo todo. Este determinismo económico-tecnológico, que yo denominaría «materialismo mecanicista», es el planteamiento de los economistas políticos clásicos: Adam Smith y Ricardo. Me resulta absolutamente extraordinario que tantos marxistas lo hayan adoptado; el propio Marx pasó su vida realizando lo que él denominaba la *crítica* de la economía política, esto es, del planteamiento mecanicista. Creo que es muy útil efectuar una distinción entre lo constitutivo y lo causal: el significado ontológico del capitalismo, de la estructura social, es fundamental para comprender la política y la economía modernas. Pero eso no significa en absoluto que debamos comenzar con lo que está sucediendo en la economía capitalista para encontrar las causas de los conflictos y los cambios.

¿Puedes explicar esto un poco más?

Bien, por «ontológico» entiendo una cosa muy simple: la teoría que explica cómo está constituido el mundo, el mundo social. El planteamiento convencional en las ciencias sociales occidentales —el utilizado por Weber, pero que es una ideología naturalizada como el aire que respiramos— es atomístico: que el mundo está esencialmente formado por individuos. Por otro lado, los individuos pueden moverse por determinados impulsos; Weber diría por impulsos racionales en el campo económico y por impulsos no racionales en el campo político. Pero los marxistas han asumido la concepción de que existen grandes objetos ahí afuera que no son atomísticos: estructuras sociales como el capitalismo, por ejemplo, que están cambiando y conformando el mundo cada día. Cuando observamos la evolución de los acontecimientos contemporáneos —por ejemplo, en la política internacional—, debemos preguntarnos qué tipo de premisas ontológicas estamos utilizando y qué implican para nuestro análisis.

Has escrito sobre economía política internacional, sobre pensadores históricos —Schmitt, Kant, Grotius, De Maistre— y sobre instituciones políticas tales como Naciones Unidas. ¿Existen áreas en las que trabajes más a gusto?

En términos de materia de estudio creo que no. Lo que siempre he hecho ha sido abordar problemas allí donde pienso que hay una crisis de

los planteamientos convencionales, pero por el momento no existe una respuesta obvia de nadie. El resultado es que, en un primer momento, con frecuencia me encuentro explorando los trabajos heterodoxos existentes, que no son necesariamente marxistas. En ocasiones me siento atraído por posiciones heterodoxas no marxistas y, en otras, por lo que consideraría posiciones marxistas más estrictas. Pero es muy importante mantenerse abierto al material existente.

¿Cómo se relaciona tu trabajo sobre los sistemas financieros con el pensamiento tanto marxista como no marxista?

Ésa es una buena pregunta. En la década de los noventa se desplegó una tremenda cantidad de energía en torno a la idea de lo que se denominó la globalización financiera. La noción fue propuesta y defendida por todo el espectro político: hubo infinidad de marxistas que la aceptaron, así como liberales y conservadores. Lo que tenían en común estas ideas era el materialismo mecanicista de los economistas políticos clásicos –o, si prefieres, utilitaristas– a los que me refería antes: la noción de que lo que está ocurriendo es un desarrollo orgánico en el campo de las finanzas en el seno de la economía mundial, que arranca de lo nacional, y por lo tanto de lo internacional, para encaminarse hacia lo global. No resulta razonable que nadie pretenda escapar a este desarrollo; simplemente tienes que aceptarlo y operar dentro de su campo.

Ahora bien, yo abordo este planteamiento con gran escepticismo. Para mí, lo que se denominaba globalización financiera me parecía radicalmente contraintuitivo, incluso dentro de la lógica capitalista. Por poner un ejemplo: se producían enormes variaciones en los tipos de cambio de las principales monedas, el dólar, el euro y el yen, las cuales no son en absoluto eficientes para la inversión internacional entre zonas monetarias distintas, ya que no es posible calcular la rentabilidad que puede obtener un alemán, por ejemplo, que efectúa una inversión en la zona dólar durante un periodo de cinco años, cuando no se sabe ni remotamente si la cotización del dólar durante ese periodo va a subir o bajar un 100 por 100 respecto al euro. La privatización de riesgo del tipo de cambio consustancial a la «globalización financiera» parecía una regresión de lo internacional a algo mucho más primitivo e imperial. Encontré muy útil al respecto el trabajo de Susan Strange –una especie de weberiana progresista– y de algunos otros pensadores heterodoxos. Strange me proporcionó innumerables perspectivas y detalles interesantes sobre la importancia del sistema monetario global y la de Estados Unidos en la destrucción de la arquitectura de Bretton Woods. Mi posición se ha situado en el extremo opuesto del espectro de la teoría de la globalización generalmente defendida. No he aceptado la idea de que los capitalismo nacionales hayan sido trascendidos; toda noción de ese tipo es simplemente falsa. Como lo es, por supuesto, la noción de que los capitalismo nacionales fueron siempre autárquicos: desde que los británicos construyeron un genuino

mercado mundial a finales del siglo XVIII, siempre ha habido un mercado global. Llegué a la conclusión de que el referente del mundo real del que la gente habla cuando se refiere a la globalización financiera ha tenido la bandera de las barras y las estrellas claveteada sobre el mismo: se trata de un sistema estadounidense.

Entonces debemos preguntarnos por qué y cómo encaja esto con otros aspectos de lo que nosotros conocemos sobre Estados Unidos. A principios de los años setenta, cuando colapsó el sistema de Bretton Woods, yo acepté la opinión, influido por Mandel, de que aquello constituía un golpe devastador para el dólar y el dominio estadounidense; ahora, mantengo exactamente la opinión opuesta: que constituyó una reedición asombrosa de la dominación estadounidense sobre el resto del mundo capitalista. Robert Wade, de la LSE, ha dicho muy correctamente que mi trabajo sobre todo este asunto tiene un carácter unilateral. Ciertamente, mi pensamiento al respecto ha variado desde que escribí *The Global Gamble*; en particular, como reconocí en *Critical Asian Studies* hace unos años, infravaloré el grado en que este sistema de dominación del dólar se apoyaba en la cooperación de Asia oriental, lo cual constituye un ejemplo de lo que había de unilateral en el sistema de pensamiento previo. Pero eso no implica realmente una gran transformación del argumento principal.

Describes tu trabajo como fundamentalmente marxista, pero ¿cómo reaccionarías a la sugerencia de que en el fondo lo que realmente te interesa es el poder, y en particular el poder del Estado estadounidense, y de que en cierta medida interpretas los acontecimientos y tendencias internacionales a través de ese prisma? ¿Qué dirías de la idea de que hay una buena dosis de realismo en tu planteamiento?

Bien, ante todo yo nunca he dicho que considere mi trabajo como «fundamentalmente marxista». Lo *considero* inspirado por el marxismo y espero que las conceptualizaciones e intuiciones que Marx nos ha proporcionado hayan influido genuinamente en mi trabajo, pero yo me hallo continuamente atraído en diferentes direcciones. En segundo lugar, estoy muy interesado por las relaciones de poder, y ello se debe también a que el pensamiento liberal las niega habitualmente, en ocasiones ingenuamente, otras de modo poco honesto, un pensamiento liberal que tiende a infravalorar las dimensiones coercitivas de la política internacional. De haber efectuado una contribución teórica, creo que ésta sería, sin embargo, mi crítica del neorrealismo estadounidense y, en particular, del trabajo de Mearsheimer². Mi crítica se dirige a una de las premisas clave del neorrealismo estadounidense, que en mi opinión es completamente falsa en un mundo capitalista: que en el centro de la política mundial existe una lu-

² P. Gowan, «A Calculus of Power», *NLR* 16 (julio-agosto de 2002); «Un cálculo de poder», *NLR* 16 (septiembre-octubre de 2002).

cha entre los Estados por su propia existencia, premisa que es crucial para el conjunto de la arquitectura neorrealista. Empíricamente, creo que es totalmente falso respecto a los Estados avanzados del siglo xx. Hubo una guerra tremendamente violenta entre, por ejemplo, Estados Unidos y Japón en el Pacífico y un bando ganó. Así, presumiblemente, el Estado que perdió debería haber sido borrado de la faz de la tierra si los Estados estuvieran implicados en una lucha por su propia existencia. Pues bien, lejos de ello, Japón está todavía ahí, en absoluto se ha producido tal escenario. Podríamos afirmar que Alemania es un caso más complejo porque el Estado fue dividido, lo cual es cierto; pero lo fue por razones sobre las que los realistas no tienen nada que decir: esto es, por la fractura en torno al sistema social que existía entre las dos grandes potencias. De nuevo, el capitalismo y el Estado alemanes –la RFA– fueron resucitados después de haber sido totalmente aplastados en la Segunda Guerra Mundial.

En lo que respecta a los Estados capitalistas avanzados, simplemente no existen fundamentos para efectuar esta afirmación de que se hallan involucrados en una lucha por su existencia. Por supuesto, durante el periodo de ascenso y difusión del capitalismo han desaparecido un montón de Estados: casi todos los Estados indígenas de África y de las Américas fueron destrozados. Pero a medida que el capitalismo se extiende y se consolida por todo el mundo, las principales potencias se muestran cada vez más reticentes a manipular la división del mundo en diferentes Estados geográficos. Observemos a los estadounidenses en Iraq: no prosiguieron la vía de desmembrar por completo el Estado iraquí. El impulso real de los Estados capitalistas no es borrar a otros Estados de la faz de la tierra; es cambiar sus regímenes internos, de nuevo algo de lo que no se ocupan los realistas. El capitalismo implica una lucha interminable por las corrientes de valor, que proceden de diferentes áreas, y por las precondiciones sociales que posibilitan los tipos adecuados de aquéllas; en consecuencia, los Estados capitalistas experimentan una gran agitación si otros Estados crean esferas de influencia que les privan de la mencionada corriente de valor. Se realizan, pues, tremendos esfuerzos para reestructurar los regímenes internos de los Estados y, por supuesto, para reestructurar los regímenes *externos*. Uno de los absurdos en buena parte de la discusión económica ortodoxa es el modo en que la gente habla sobre los mercados: «el mercado» hace esto, «el mercado» hace lo de más allá. Los mercados son como los trajes: los hay de todos los tipos y medidas. Y cómo se halla conformado un mercado –quién gana en él– es una cuestión política dotada de una gran importancia.

¿Cómo ves la relación en Estados Unidos entre el capital y el poder del Estado? ¿Quiénes son los agentes que se hallan tras las políticas estatales particulares? ¿Cómo determina el Estado cuáles son sus políticas?

En primer lugar, Estados Unidos está experimentando graves y numerosas dificultades en estos momentos. Dado lo que he dicho sobre la im-

portancia de la capacidad de configurar un régimen, el grado en que los Estados más importantes pueden resolver realmente los problemas de otros capitalismos de un modo que les permita florecer constituye un gran problema. El poder, en este contexto, es la capacidad de dar una perspectiva de desarrollo a otros. En mi opinión, las pretensiones de Estados Unidos de ser capaz de hacer esto último se hallan sometidas a un enorme desafío en la actualidad.

Cuando se llega a la relación entre Estado y capital, obviamente hay grandes variaciones entre los diferentes Estados. Pero creo que el planteamiento de Marx es todavía muy importante: el Estado es el comité que intenta formular los problemas estratégicos de su propio capitalismo nacional y encontrar las soluciones a los mismos. Existe una tendencia a achatar la noción de clase capitalista en la idea de que el Estado es un agregado de directores ejecutivos de las grandes empresas. Creo que es algo profundamente erróneo. Algunos de estos directores ejecutivos pueden estar activos en política, pueden pensar sintética y estratégicamente; otros, no. Pero, ¿por qué *debería* un director ejecutivo tener una visión estratégica para el conjunto de una clase? Es tarea del poder ejecutivo del Estado conformar esa visión y tener la capacidad de implementarla. Por supuesto, el poder ejecutivo del Estado hace esto en diálogo con otros líderes que emergen de las filas del capital, que suelen ser capaces y persuasivos. Pero debe haber cierta distancia y tensión entre el «comité» que intenta adoptar una visión estratégica y los jefes ejecutivos de las distintas compañías, los capitales individuales, por decirlo de otro modo.

La peculiaridad de Estados Unidos es, en primer lugar, que, en un grado extraordinariamente completo, se trata de una democracia burguesa, una democracia en la que el poder y la riqueza del capital imponen su criterio sobre virtualmente la totalidad de las áreas de decisión política, y en la que además no existe prácticamente barrera alguna para que los capitalistas individuales estadounidenses construyan mafias influyentes para bloquear o controlar esas políticas. No hay, si preferimos decirlo así, un comité estatal autónomo. Y ello constituye una anomalía y una debilidad: cuando Washington tiene que dar giros estratégicos, le resulta muy difícil hacerlo. Lo observamos en estos momentos, cuando Estados Unidos debe pensar exhaustivamente una relación alternativa entre su sector financiero y su economía industrial. Les resulta bastante difícil hacerlo, porque históricamente el modo en que se ha dotado de una visión estratégica —la capacidad de pensar sinópticamente sobre sus problemas— ha sido reclutando banqueros de Wall Street y abogados de los grandes despachos de Nueva York y Washington. El resultado ha sido que Wall Street ha tenido un peso político extraordinariamente grande en Washington, porque el banquero inversor ha tenido una visión global, al tiempo que, una vez instalado confortablemente en los centros de poder de Washington, ha tendido a ocuparse de sus propios asuntos, porque ésta es la pauta estadounidense. En Europa existía un planteamiento diferente, mucho más elitista: un mandarinato, siendo Gran Bretaña y Francia los dos ejemplos más clásicos. His-

tóricamente, estos mandarinatos han tenido la capacidad de integrar el pensamiento y la producción de ideas estratégicas para establecer la senda futura del Estado. En el caso británico, recibió un mazazo por parte de Thatcher y por la subsiguiente americanización del sistema británico de toma de decisiones políticas. Un resultado de todo ello es que el Tesoro, junto con otros altos organismos de la Administración, ha sido despojado de diversas funciones esenciales que han reducido drásticamente su capacidad de acción. Así, pues, en Gran Bretaña no existe ni un mandarinato ni una sofisticada camarilla de intereses económicos privados, particularmente desarrollada, capaz de actuar como el comité del capital.

¿Cómo contemplas la perspectiva futura del mundo?

La caída del bloque soviético fue un acontecimiento de impacto transformador mundial. Con ella, todo el orden simbólico y el discurso del comunismo colapsaron y el socialismo como conjunto de ideas cesó de tener resonancia a escala internacional. Ahora hay muy pocos teóricos en la izquierda que continúen investigando sobre alternativas positivas de izquierda al orden capitalista. Sin embargo, las dos últimas décadas no sugieren que los recursos del mundo atlántico vayan a ofrecer realmente un potencial de desarrollo para el resto del planeta; la globalización no lo ha hecho. Creo que surgirán nuevos movimientos de reforma mundial, porque algunas de las contradicciones sobre las que Marx escribió no pueden resolverse y van a crear más y más problemas. Una de ellas es el planeta de ciudades miseria del que habla Mike Davis: cientos de millones de personas viviendo en estas megaciudades, expulsadas de una inserción adecuada en la división internacional del trabajo y experimentando una terrible degradación social y económica. Otra contradicción es la incapacidad del capitalismo de trascender el Estado-nación y, por lo tanto, la continua oscilación entre dos opciones: libre comercio, que es una forma de imperialismo, porque el fuerte domina el mercado, o proteccionismo, que es una forma de mercantilismo que conduce al conflicto político. Así pues, pienso que habrá necesidad de buscar una alternativa radical.

¿Serán asumidas estas alternativas por sectores de la *intelligentsia* partidaria del orden establecido en el seno del capitalismo que se distanciarán de los intereses de clase y la lógica de clase? La historia no muestra muchos ejemplos de que esto haya sucedido sin la concurrencia de un enorme desafío social. No nos dotaremos de alternativas radicales procedentes por mor tan sólo de la actual crisis económica; eso ya está claro en el mundo anglosajón, dado lo sucedido hasta el momento. Surgieron alternativas realmente radicales después de Stalingrado en los años cuarenta, una reflexión genuinamente nueva sobre cómo organizar las cosas en el mundo occidental. Los treinta años gloriosos de crecimiento y desarrollo respondieron en cierta medida a la idea de que en Europa occidental era necesario construir una sociedad multclasista y no únicamente una limitada democracia burguesa; y en cierto grado se hizo realidad en Europa

noroccidental. Pero tan pronto como la Unión Soviética colapsó, todo esto comenzó a desmoronarse. Y es una pena, porque el modelo socialdemócrata multclasista de Europa occidental constituía un genuino avance sobre todo los que habíamos conocido antes en cualquier otro lugar.

Reflexionando retrospectivamente sobre todo el trabajo que has realizado, ¿de qué te sientes más orgullosos y por qué?

Creo que lo que me hace sentir más orgulloso, en tanto que sea cierto, ha sido mi esfuerzo por percibir lo que está sucediendo en el mundo desde una perspectiva no provincial: intentar comprenderlo desde el punto de vista de la gran masa de la población mundial. Eso se aplica no sólo a mi investigación, sino también a mi actividad docente. Creo que es muy importante que la gente joven se sacuda los prejuicios y falsedades nacionalistas. Para mí ha supuesto una enorme satisfacción que en mi trabajo haya sido capaz de atenerme a tal perspectiva. En cuanto a la cuestión de si he producido algo en el campo intelectual que vaya a reestructurar el modo en que determinadas personas van a pensar sobre el mundo, me mostraría tremendamente modesto al respecto, pero creo que para la izquierda se han desprendido algunos beneficios de los debates en los que he estado implicado. No quiero exagerar la importancia de los mismos respecto al cambio del modo en que funciona el mundo, pero creo que a la postre vamos a ver un nuevo movimiento de reforma mundial en el que el papel de los intelectuales será ciertamente importante; espero que algo de lo que haya escrito contribuya al menos a establecer pautas claras respecto a unas cuantas cuestiones que deberán ser abordadas por la nueva generación de intelectuales que salgan a la palestra con proyectos para ese movimiento*.

* De enero a junio de 2009, Marko Bojcun y Mike Newman, amigos y colegas de Peter Gowan en la London Metropolitan University, grabaron una serie de entrevistas con él. Este texto es una versión editada basada en varias de esas sesiones.